

Para crecer

La llamada parábola del fariseo y el publicano, excelente ejemplo de madurez y de virtud, pone de manifiesto la respuesta que debemos dar a quienes nos pregunten sobre Dios, las relaciones humanas y nuestra propia identidad. Tres dimensiones simples que revelan nuestra personalidad, pero más, nuestra conciencia de hombres y mujeres de fe.

En pinceladas gruesas que hasta un sicólogo podría avalar, el fariseo nos hace una radiografía de su interior. Un personaje jactancioso, petulante, vanidoso, complacido de sí mismo. Tal vez, la única verdad que nos dice es que "no es como los demás". En su espejo tan deformante, nos mira a los demás. Y nos mide con su rasero. Su condición es de isla. De exclusión.

El publicano en cambio, parte de la aceptación de sus bajos fondos de pecado. Su principio primordial es la nada para llegar al absoluto de Dios. Asumiendo esta radical miseria, hace silencio frente a los demás en respeto y comprensión última. No hay una sola palabra de rechazo para nadie, menos para Dios. Su grito hondo es la misericordia del Señor.

Lo anterior tiene un fundamento: La imagen que se tiene de Dios. De ahí parte lo que proyectamos ser o tener o hacer. El uno es hijo de la ley. El otro es hechura del amor de Jesús. Como hijo de la ley ha superado el cálculo ritual. No da. Tiene que recibir. Como hijo del amor, el otro, recibe y en abundancia hasta convertirse en hijo de la gratuidad infinita de Dios. Esto lo hace crecer. El primero se queda vacío.

Cochabamba 24.10.10

jesús. e . osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com